

HENRY D. THOREAU

Volar

Apuntes sobre aves

Selección y edición de

ANTONIO CASADO DA ROCHA y JOSÉ IGNACIO FORONDA

Traducción de EDUARDO JORDÁ

Guía para *volar*

«De la misma manera que el pescador viene al amanecer y revisa los cepos que puso durante la noche; o como el médico que viene a ver cómo va el enfermo; o como el niño plantado que mira a una persona mayor que está haciendo algo que el niño no ha visto nunca antes. Así hay que mirar exactamente a los pájaros, no con los sentidos divididos y el pensamiento distraído, sino con la atención reconcentrada y recapacitando, y de ser posible, con asombro». Así habló Kierkegaard allá por 1847,¹ y eso mismo es lo que por esas fechas estaba haciendo Henry David Thoreau (1817-1862): mirar con la mayor atención las aves que volaban bajo el cielo americano en Concord, Massachusetts, junto a la laguna Walden, el lugar donde construyó una casita² en la que vivió y escribió durante un par de años. En sus *Alcott Memoirs*,³ Frederick Willis cuenta cómo, siendo aún un niño, un hermoso día de julio de ese mismo año llegó a Walden con un amigo común, Amos Bronson Alcott (el padre de Louise May, la autora de *Mujercitas*), y Thoreau les invitó a entrar. La impresión causada en el joven

1 S. Kierkegaard: *Los lirios del campo y las aves del cielo*. Madrid: Trotta, 2014.

2 Suele hablarse de la «cabaña» de Thoreau, pero en *Walden* este nunca utilizó la palabra «*hut*» para referirse a ella, sino «*house*». De hecho, no levantó sus paredes con troncos, sino que recicló las tablas de una construcción anterior.

3 Frederick Willis: *Alcott Memoirs*. Boston: Richard G. Badger, 1915.

Frederick permaneció a través de los años: «Thoreau era un hombre alto y de aspecto rudo, firme como un pino. Su rostro estaba dominado por una fuerte nariz, sus ojos eran tan agudos como los de un águila».

Thoreau es una de las águilas más ilustres de la literatura norteamericana y, como tal,⁴ tiene una vista muy educada: tanto por la ciencia, que en ese momento del siglo XIX estaba sufriendo una profunda transformación (Thoreau fue uno de los primeros americanos en leer a Darwin), como por la formación humanística que recibió en Harvard (leía en varios idiomas y nunca dejó de frecuentar la biblioteca universitaria). Como a las águilas, nada de la naturaleza le es ajeno, fuera sólido, líquido o gaseoso, se moviera o no, tuviera dos u ocho patas. Y es esa mirada de Thoreau, atenta y asombrada, apasionada pero serena, la que hemos perseguido en sus escritos para invitar a quienes leen en español a mirar las aves, las que él vio y las que podemos ver nosotros (mientras podamos).

Esta antología recoge, traducida por el poeta Eduardo Jordá, la selección que durante cuatro años hemos ido extrayendo de los escritos de Henry David Thoreau. Siempre en busca de aves, hemos cribado su mayor obra, el diario completo (más de siete mil páginas escritas entre el 22 de octubre de 1837 y el 3 de noviembre de 1861, el diario fue de alguna manera el archivo de las cosas que amó, que fueron muchas: de los ríos a las nubes, de las larvas a los alces, de los árboles a los cimarrones, de los nativos americanos a los clásicos griegos o hindúes), y las traducciones al castellano de sus libros de viajes, sus conferencias y sus ensayos.

Romántico en el sentido de su vecino y mentor Ralph Waldo Emerson, Thoreau propuso en sus escritos una observación subje-

4 Véase en esta edición el pasaje del 27 de marzo de 1842, o el del 29 de marzo de 1858.

tiva de las cosas, pero con el tiempo su visión y métodos de trabajo se fueron haciendo cada vez más científicos. De esta manera, el escritor fue poco a poco transformándose en un naturalista marcado por una tensión cultural muy peculiar, que le lleva a apreciar y emplear el método científico a la vez que es consciente de sus límites y riesgos para la vida silvestre, que por otro lado ama hasta llegar a un cierto misticismo. Las páginas que aquí ofrecemos quieren dar cuenta de esa evolución y también de la profundidad de la atención (un asombro imperecedero, porque Thoreau nunca encontró nada trivial en la naturaleza) que va prestando a las aves. Nuestra selección alberga desde la anotación poética al apunte notarial; de las listas o resúmenes de las aves vistas, oídas y soñadas, a la descripción detallada de plumas, nidos y huevos que le llevan algunos niños de Concord.

Volar no es una biografía de Thoreau,⁵ pero estos textos nos aportan elementos para conocer su vida cotidiana, su estilo y método de composición: anotaciones y dibujos sobre el terreno, elaboración casi inmediata en su diario, y posterior revisión para publicar el texto primero como conferencia o artículo en alguna revista, y tal vez como ensayo o libro después. Algunas anécdotas aquí contenidas, sin embargo, nos dan detalles de sus días. La visita a los museos capitalinos, sus viajes en canoa, sus trabajos de agrimensor, sus vecinos, por ejemplo, o la compra de unos anteojos, detalle significativo en su acercamiento a las aves ya que su adquisición (Thoreau fue un hombre que apenas deseó posesiones materiales) le permitirá una mejor y más detallada observación de muchas aves.

Nuestra selección es una pequeña muestra de la variedad y la riqueza de la mirada de Thoreau. Así, hemos querido ofrecer lo mis-

5 Quien quiera conocerla en castellano, puede acercarse a la de Antonio Casado da Rocha: *Thoreau. Biografía esencial* (Madrid: Acuarela, 2005; segunda edición ampliada, 2014).

Volar

17 noviembre de 1837

EL CIELO

Aunque no haya nada nuevo sobre la tierra, siempre hay algo nuevo en los cielos. En cualquier momento podemos encontrar un último recurso allá arriba. Cada día que pasa abre una nueva página para nosotros. El viento cambia constantemente la tipografía de esa página azul, y la persona inquisitiva, en cualquier momento, puede encontrarse allí una nueva verdad.

26 de abril de 1838

[...]

Llegó del sur lejano el azulejo
a hacer su nido en el álamo,
y abrió de par en par su fina boca
para alegrarme cantando.

4 de marzo de 1840

Hoy he descubierto que todos mis conocimientos de ornitología no me sirven de nada. Por fortuna, los pájaros que he oído cantar no pertenecían al ámbito de la ciencia, ya que cantaban con la misma frescura del primer día de la creación, y sus canciones procedían de un territorio nunca hollado, como si fueran las inexploradas regiones de Carolina o de México que hay en el alma.

16 de junio de 1840

¿No es la sombra igual de necesaria que el sol, o la noche que el día? Pero entonces, ¿por qué siempre las águilas y los zorzales, y nunca las lechuzas o los chotacabras?

25 de abril de 1841

Siempre reina en el bosque un majestuoso silencio cuyo significado parece a punto de brotar y expresarse. Pero el bosque, ay, no se da ninguna prisa. El gorrión campestre, el trovador de las horas más apacibles de la Naturaleza, canta durante horas con inmensa ociosidad.

15 de marzo de 1842

Ahora tan solo se oye un mosquero fibí, y el viento, y el traqueteo de un tílburí en el bosque. Durante unos pocos años vivo aquí, sin saber nada y apropiándome paso a paso de la vida, y luego me voy. Oigo el borboteo de un manantial cercano al que iba a beber con una lata cuando era muy joven. Los pájaros, las ardillas, los alisos, los pinos, todos parecen serenos y ocupando su lugar. Me pregunto si mi vida les parece a ellos tan apacible como lo es la suya para mí.

27 de marzo de 1842. Domingo.

En los riscos.

Dos pequeñas rapaces acaban de salir a jugar, como mariposas que se elevan una por encima de la otra en un juego incesante que tiene lugar por debajo de mí. Se lanzan en picado desde los

extremos del amplio fondeadero que forman las copas de los árboles, con embestidas más y más extensas, como si se dejaran impulsar por un péndulo invisible. Descienden por un lado y ascienden por el otro.

De pronto alzo la vista y veo una nueva ave, probablemente un águila, muy por encima de mí, luchando contra el viento a no más de cuarenta varas de aquí. Es el ave más grande de la familia de los halcones que he visto nunca. Jamás me había impresionado tanto ver el vuelo de un ave. Se desliza por el aire y de vez en cuando se inclina hacia un lado como un buque escorado casi por completo, levantando las garras como si se preparase para esquivar un flechazo. Nunca me había dado cuenta de las posturas grotescas que puede adoptar nuestra ave nacional.

El águila ha de tener una vista muy educada.

Qué vida nos han concedido los dioses, compuesta a partes iguales de dolor y de placer. Es demasiado extraña para la tristeza, y demasiado extraña también para la alegría.

[De *Una caminata a Wachusett*]

Si ascendemos a una montaña podemos hacernos una vaga idea del vuelo de las aves, en especial de las que vuelan muy alto, y podemos comprobar hasta qué punto usan las montañas como referencia para sus vuelos migratorios; y cómo, al dejar atrás las Catskills y las Highlands, son las montañas Wachusett y Monadnock las que les sirven de vía de paso hacia el noreste; y cómo se guían por valles y por ríos, y quién sabe si también por las estrellas, al igual que por las cadenas montañosas, en vez de las anodinas señales de dirección que usamos nosotros. El ave que puede ver a la vez las Green Mountains y el océano no tiene ningún problema para encontrar su camino.

[Anotación sin fecha, anterior a 1847]

El gorrión melódico, cuya voz es una de las primeras que se oye en primavera, canta ocasionalmente durante la época del celo y alcanza su mayor profundidad en verano, como si hubiera aprendido del canto de los demás pájaros.

27 de abril de 1843

Todos los deseos humanos tienen su contrapartida en la naturaleza. El hombre desea escapar del invierno y disfrutar de un verano interminable, y eso es justamente lo que hacen los pájaros. Y no les resulta muy difícil: no necesitan descender al suelo, sino que les basta volar hacia otro sitio cuando llega el frío.

24 de septiembre de 1843

Odio los museos porque no hay nada que me abrume tanto el espíritu. Los museos son las catacumbas de la naturaleza. Un brote verde que surge en primavera, el amento de un sauce o el débil gorjeo de un pájaro migratorio bastan para volver a poner el mundo en su sitio.

[De *Una semana en los ríos Concord y Merrimac*]

Antes del alba, cuando nos alejábamos de esta ribera rocosa, un avetoro —el genio de la costa— se movía con gran parsimonia por la orilla, o bien tanteaba el barro con una pata, sin mirarnos en ningún momento mientras se aplicaba con gran miramiento

a su tarea, o bien corría sobre las piedras húmedas, como un saqueador de naufragios que se hubiera puesto su ropa de abrigo, en busca de caracoles y berberechos hundidos. Y ahora empieza a volar con su vuelo renqueante, sin saber dónde va a posarse, hasta que un banco de arena entre los alisos le invita a ello; pero nuestro avance le obliga a buscar un nuevo refugio. Es un ave de la vieja escuela talesiana que cree en la superioridad del agua sobre todos los demás elementos, una reliquia de una era antediluviana y crepuscular que habita desde antiguo en estos hermosos ríos americanos con nosotros los yanquis. Hay algo venerable en esta melancólica y contemplativa raza de aves, que tal vez llegase a pisar la Tierra cuando no se hallaba más que en un legamoso estado de imperfección, y quizá hasta sea posible descubrir sus huellas sobre las piedras. En vez de emigrar, se queda durante nuestros veranos abrasadores, soportando su destino con valentía y sin ninguna simpatía por parte del hombre, como si esperase un segundo advenimiento del que no tiene ninguna certeza. Y uno se pregunta si, gracias a su estudio paciente junto a los promontorios y las bahías arenosas, ha conseguido arrancarle ya su secreto a la naturaleza. Y qué gran experiencia debe de haber adquirido, apoyándose sobre una sola pata y contemplando durante tanto y tanto tiempo, con su ojo mortecino, el sol y la lluvia, la luna y las estrellas. Y cuántas cosas podría decirnos acerca de los lagos de aguas estancadas y los juncos y las nieblas nocturnas que hacen castañetear los dientes. Valdría la pena observar con atención ese ojo —su pálido ojo amarillento y verdoso— que ha estado mirando durante todas esas horas y en tantos lugares solitarios. Tengo la impresión de que mi propia alma debe de ser de un verde brillante e invisible. («Miércoles»)

Vimos dos garzas azuladas (*Ardea herodias*), con sus miembros alargados y esbeltos recortándose contra el cielo, volando muy por

encima de nuestras cabezas. Su majestuoso vuelo en silencio, al atardecer, mientras se ponían en camino, no para posarse en una ciénaga sobre la superficie terrestre, sino tal vez para llegar al otro lado de nuestra atmósfera, constituía un símbolo que deberíamos estudiar, tanto si las veíamos recortándose contra el cielo como esculpidas en los jeroglíficos de Egipto. Rumbo a alguna pradera al norte de aquí, continuaron con su vuelo ceremonioso e inmóvil, como las cigüeñas del cuadro, hasta que desaparecieron a lo lejos, al otro lado de las nubes. («Viernes»)

6 de septiembre de 1850

John Garfield me ha traído esta mañana (el seis de septiembre) una garza azulada (*Ardea herodias*) joven que ha cazado esta mañana en un pino de la zona del North Branch. Desde el pico hasta la pata medía un metro cuarenta y cuatro centímetros, y con una envergadura de un metro ochenta y dos. La garza pertenece a una raza distinta a la que pertenecemos el señor Frost y yo, pero me alegraría considerarla una nativa de América, ¿y por qué no?, también una ciudadana americana.

8 de noviembre de 1850

Las hojas otoñales han perdido el color y ahora están marchitas y muertas, y el bosque se ha teñido de un tono muy sombrío. Se han terminado el verano y las cosechas. Los nogales, los abedules y los castaños, al igual que los arces, han perdido todas las hojas. Las yemas, que habían brotado con gran vigor para reparar los daños que habían causado los leñadores, han dejado de crecer con la llegada del invierno. Todo permanece silencioso y expectante. Si aguzo el

oído, solo oigo el canto de un carbonero cabecinegro —nuestro pájaro más común y el que más identificamos, me atrevería a decir, con nuestros bosques—, o tal vez el grito de un arrendajo gris, o quizá me llega, desde las profundidades del bosque, el remoto toque a difuntos por uno que ha muerto. El pensamiento se apresta a llenar el vacío. Pero cuando caminas todavía te encuentras con un grévol engolado que echa a volar de repente. El bosque está tan silencioso, tan reseco, casi sin hojas y sin frutos, que uno se pregunta qué alegría puede extraer ese pájaro de volar ahí. Pero el grévol engolado se eleva desde el pie de un roble como si fuera, pájaro inmortal, su propio fruto reseco.

24 de diciembre de 1850

He visto un alcaudón norteño que estaba desmembrando a picotazos a un pájaro pequeñito, quizá un junco ojioscuro. Al final lo ha cogido y ha izado el vuelo muy despacio, llevándose su presa, que era casi la mitad de grande que él, colgada del pico. Veo que no había asociado esa clase de acciones con la idea que yo tenía de los pájaros. Y no me ha parecido muy propio de ellos.

[De *Caminar*]

Sobre todo, no podemos permitirnos el lujo de no vivir en el presente. Bendito sea entre todos los mortales quien no pierda ni un instante de su vida fugaz en recordar el pasado. Nuestra filosofía llega tarde si no consigue oír a los gallos que cacarean en los corrales de nuestro horizonte inmediato. Porque ese sonido nos suele recordar que nos estamos volviendo anticuados y herrumbrosos en el uso que hacemos de nuestras labores y hábitos de pensamiento. [...]

El mérito del canto del gallo es que carece por completo de cualquier matiz quejumbroso. Un cantante puede provocar nuestras lágrimas o nuestras risas, pero ¿quién puede provocarnos una pura alegría matinal? Si estoy pasando por un mal momento y de repente, en un domingo cualquiera, el gallo rompe la ominosa quietud de la acera; o si por casualidad me hallo de visita en una casa donde reina el luto, y de pronto oigo cantar a un gallo, me digo a mí mismo: «Al menos le va bien a uno de nosotros», y con un repentino estallido de emoción recupero el dominio de mí mismo.

11 de junio de 1851

El chotacabras nos enseña lo lejos que se hallan la ciudad y el bosque. Los que viven en el centro de la ciudad muy raras veces oyen su canto, pero aun así lo consideran un mal augurio. Y solo los que viven en las afueras lo pueden oír de vez en cuando, ya que a veces llega hasta su patio trasero. Pero si te metes en el bosque, en una noche no demasiado fría de invierno, descubres que es el canto que se oye por todas partes. Ahora mismo estoy oyendo cinco o seis chotacabras que cantan a la vez. Y aquí, por lo tanto, la idea de que su canto trasmite malos augurios equivaldría a atribuírselos también a la noche y a la luz de la luna. El chotacabras es un ave no solo del bosque, sino de la condición nocturna de los bosques.

13 de junio de 1851

Oigo al grévol engolado que vuela tamborileando a una hora tan tardía como las nueve de la noche. ¡Qué sonido tan singular que parece penetrar y rellenar el espacio! ¿Por qué no consigo jamás acercarme a su origen? [...]

Cuando se va haciendo de noche oigo de tanto en cuando el canto débil de un gorrión (¿?) que se está quedando dormido —el canto de vísperas—, y más tarde, en el bosque, el traqueteo que resuena como una risotada de un pájaro invisible que se halla cerca de los árboles. El añapero retumba, despierto por completo. [...]

Oigo a mi viejo amigo, el búho musical que canta con una simple nota.

22 de junio de 1851

Oigo a mi alrededor, aunque nunca los vea, a una gran cantidad de zorzales maculados que afilan su canto con resonancias de acero. ¡Qué grandes cantores! Hace falta un calor abrasador, y echar muchas agujas secas de pino en el horno solar, para atemperar sus sonos. En todo momento ascienden o descienden formando una nueva melodía. Y vuelven a cantar tras una pausa moderada, diciendo siempre algo nuevo, evitando repetirse y hasta creo que respondiéndose el uno al otro.

12 de julio de 1851

Cuando vuelvo atravesando el huerto, un estúpido zorzal robín sale volando de una rama de forma muy poco natural, con los feos hábitos del hombre.

16 de julio de 1851

El gorrión melódico, nuestro pájaro más común —hasta el punto de que es el ave de Nueva Inglaterra—, se oye en los campos y en

las praderas, y le pone música a este día canicular como si fuera la música de un raíl o de una valla cubiertos de musgo. Suelta una breve cascada cantarina, fresca y ondulante al calor del mediodía —es el habitual cantante invisible que nadie suele oír, de tan común que es, igual que el grillo—, y le pasa como a la canción del poeta, que la mayoría de hombres no oye porque sus oídos están ocupados atendiendo a sus negocios, aunque ese pájaro quizá haya estado cantando esta misma mañana, durante una hora, en la valla que hay frente a la casa del granjero. Hay pequeñas vetas de poesía en nuestros animales. [...]

El pradero oriental canta en el prado, y la esencia misma de la tarde se hace presente en su melodía. Los trinos de las golondrinas llenan el aire y me hacen recordar el agua. [...]

Oigo el parloteo en los árboles del tordo sargento y del zanate. El tordo cabecipardo acompaña a las vacas que pacen en el campo en busca de los insectos que los animales ahuyentan. A veces un cazador despiadado, ansioso por atrapar a estas aves, llena de perdigones el cuerpo o las patas de las vacas. [...]

Oigo al tirano oriental, que gorjea y parlotea como la golondrina bicolor. [...]

Ahora, a las cuatro de la tarde, oigo al mosquero en el bosque, y el cuclillo me recuerda un silencio que reina entre las aves y que antes no había notado. [...]

Unos cazadores crueles y desconsiderados han matado veintidós grévoles no mucho más grandes que un zorzal robín, infringiendo las leyes de Massachusetts y de la humanidad.

22 de julio de 1851

A las cinco y media de la mañana ya hay algunos tramos del río que están al descubierto. Desaguan río abajo como un solo hom-